

TOLERANCIA | TOLERATION | TOLERÂNCIA

Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance

Augusto Castro, Victor J. Krebs
Editores/Editors

Capítulo 20

CENTRO
DE ESTUDIOS
FILOSÓFICOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tolerancia: Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Toleration: Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance
Augusto Castro, Victor J. Krebs (editores)

© Augusto Castro, Victor J. Krebs, 2012

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Coordinador general de la colección *Tolerancia* / *General Coordinator of the Toleration series*:
Miguel Giusti

Diseño de cubierta e interiores: Gisella Scheuch

Diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: enero de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-01174

ISBN: 978-9972-42-988-0

Registro del Proyecto Editorial: 11501361200076

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Carmen Zavala | Sociedad Peruana de Consejería Filos3fica y Pr3ctica Filos3fica | Per3

Concepciones de Gonz1lez Prada sobre la condici3n humana y la tolerancia

González Prada (1844-1918) fue uno de los más influyentes pensadores peruanos de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX y a pesar de haber nacido en el seno de una acomodada y poderosa familia conservadora y católica, sus reflexiones sobre la condición humana se mantuvieron siempre dentro del marco del pensamiento científico. Por ello fue un escéptico, aunque con declarada simpatía por el positivismo. En su pensamiento político, de una primera etapa nacionalista que se derrumba cuando presencia la cobardía y oportunismo de los grupos de poder enquistados en el Perú frente a la propia población peruana, durante la guerra con Chile (1879-1883), pasa a una etapa anarquista de reflexión más profunda.

La condición humana, según González Prada, depende únicamente de los propios hombres: «Lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos»¹. Esto debe entenderse, por una parte, como respuesta teórica al determinismo religioso que sugiere que hay un Dios que determina nuestros destinos, y por otra, como arenga para la acción consciente y revolucionaria, contra la cobardía frente al ultraje y la humillación, disfrazada de tolerancia, por parte de la mayoría de nuestros intelectuales peruanos. Estos dos aspectos fueron gravitantes a lo largo de toda su obra y motivadores de su pensamiento.

Dentro del marco de su enfrentamiento teórico al poder y la intolerancia del clero, se proclama a favor de la ciencia como actividad liberadora opuesta a la religión. En ese sentido es a través del conocimiento científico acompañado de una buena dosis de valor que el hombre puede tomar su destino en sus manos, en vez de delegárselo a los que ejercen poder sobre él. Influenciado por la idea comteana de un progreso científico, González Prada divide la historia en cuatro períodos: «Período natural o primitivo: arreligiosidad absoluta; período medio: superstición pura; período actual: mezcla de superstición y ciencia; período futuro: exclusión de la superstición por la ciencia»², siendo este cuarto período la etapa más elevada del progreso humano y de su libertad. Avanzando hacia esta cuarta etapa viviremos una vida más consciente y vislumbraremos «la organización científica de las sociedades»³ necesaria para llegar a «la etapa lógica de la evolución humana»⁴, que es como él denomina la organización racional que se debe dar en una sociedad anarquista.

¹ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «La muerte y la vida». En *Páginas Libres*. Lima: Páginas Libres, 1960, p. 287.

² GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Memoranda». En *El tonel de Diógenes*. México: Tesontle (Fondo de Cultura Popular), 1945, aforismo 243.

³ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «La anarquía». En *Prosa Menuda*. Buenos Aires: Imán, 1941, p. 414.

⁴ *Ib.*, p. 413.

Por todo ello alienta a acudir a la ciencia, «ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la naturaleza», como un método de explicar la realidad libre de dogmatismos de todo tipo. Especifica que con «ciencia» no se refiere a «la ciencia momificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universidades retrógradas, hablo de la ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la ciencia con ideas de radio gigantesco, [...] de la ciencia positiva que en solo un siglo de aplicaciones industriales produjo más bienes a la Humanidad que milenios de Teología y Metafísica»⁵.

Estas posiciones defensoras de la ciencia siempre son criticadas por los representantes de la Iglesia con el argumento de que la ciencia, y más aún los científicos, son falibles y que en última instancia la ciencia se basa en supuestos no probados, de modo que preferir a la ciencia humana en vez de la fe religiosa no sería más que una vana y absurda pretensión del ser humano de superar el conocimiento y poder de un supuesto dios. González Prada responde a esta tergiversación de lo que es ciencia, afirmando que solo en las matemáticas hay certezas absolutas y que todas las demás ciencias son «una serie de conceptos aproximativos», por lo que debiéramos «considerar nuestras convicciones como un simple vestido que hoy usamos y mañana podemos cambiar»⁶, pues «los mismos sabios la miran (a la ciencia) como un cúmulo de verdades provisionales, no como un edificio inamovible y definitivo. Ellos no la juzgan infalible ni destinada a origen y fin de las cosas, sino a estudiar y explicarnos el cómo de los fenómenos ocurridos a nuestro alcance: listos siempre a cambiar de hipótesis cuando la antigua no satisface»⁷.

Por otra parte, a pesar de ser profundamente humanista, González Prada⁸ rechaza el antropocentrismo, pues considera que los animales y las plantas poseen iguales derechos a la existencia en la tierra que nosotros y que «la Naturaleza no ajusta sus leyes a nuestras concepciones cerebrales, (porque) el Universo no fue creado para la Tierra ni la Tierra para el hombre, la Humanidad y el planeta desaparecerán un día sin que el Universo se resienta de la desaparición»⁹. Con ello responde a las acusaciones que la iglesia hace a los ateos, en el sentido de que estos creerían que el ser humano es todopoderoso e infalible y que pretendería reemplazar o superar la supuesta autoridad divina. Más bien, González Prada destaca la necesidad de tomar conciencia de los límites de las certezas del ser humano y el absurdo de las posiciones dogmáticas e intolerantes, sin olvidar, sin embargo, que «el no declararnos infalibles, el no imponer nuestras convicciones, implica el no someternos a las ajenas, ni reconocer derechos de autoridades individuales o colectivas. Lo que otorgamos a los demás, lo reclamamos para nosotros»¹⁰, punto en el que opta por una alternativa más creativa y dignificante que la de los pseudoescépticos

⁵ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Discurso en el Politeama» En *Páginas Libres*, ob. cit., p. 89.

⁶ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Nuevas Páginas Libres*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937.

⁷ Ib.

⁸ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Perú y Chile». En *Páginas Libres*, ob. cit., p. 101.

⁹ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «¿Qué hacer?». En *Nuevas Páginas Libres*, ob. cit., p. 354.

¹⁰ Ib.

postmodernos contemporáneos que bajo la excusa de no poseer una verdad única, se someten y propagandizan solapadamente el sometimiento de los intelectuales a los intereses de los grupos dominantes.

Además, consecuente con su espíritu científico, González Prada reconoce que en última instancia nuestra percepción es relativa a nuestros órganos sensoriales cambiantes y que en última instancia no se puede hablar de una «verdad absoluta»¹¹. Por ello, aconseja que «para evitar el engaño, nada más cuerdo que mantener el juicio en suspenso. Donde faltan las pruebas irrefragables, la prudencia estriba en dudar: la duda representa la situación más luminosa del alma; el estado en que de todos lados recibe diferentes luces, no dejándose deslumbrar por ninguna»¹².

Este escepticismo responde a una clara influencia nietzscheana en la obra de González Prada que se refleja no solo en su crítica a la religión, al clero, a la ciencia mal entendida y en su propuesta moral y apuesta por la vida, sino también en su forma literaria, y en este sentido conscientemente elige diferentes estilos literarios en su obra, tales como el irónico, la denuncia, la poesía o el aforístico. Así por ejemplo, sus 261 aforismos recopilados póstumamente y publicados bajo el subtítulo «Memoranda» en *El tonel de Diógenes*, inmediatamente nos hacen recordar por su forma a los aforismos nietzscheanos. También se deja ver la influencia de este filósofo cuando González Prada sugiere que la elección de la moral puede tratarse en el fondo de una mera opción estética. Así, González Prada llega a declarar que «mientras la metafísica, la teología, la historia, la jurisprudencia son mentiras graves, rastreras y enojosas, la poesía es una mentira alegre, alada, luminosa. Mentira por mentira, me declaro por la más bella»¹³.

Sin embargo, esta influencia nietzscheana no pasa a ser determinante en su pensamiento. Hay que tomar en cuenta que en realidad González Prada parte del supuesto platónico de que «lo bello puede llamarse una cristalización de lo verdadero»¹⁴, y que por ello, al evaluar las dos «mentiras», si bien opta por la belleza de la poesía en base a una evaluación estética, también hay que tomar en cuenta que de esta concepción resulta que la poesía es más bella, porque está más próxima a la verdad o, lo que en contenido es lo mismo, es menos mentirosa que aquellas. Y en esto último difiere totalmente de Nietzsche, pues para González Prada «la poesía no tiene por objeto conducirnos a la ciencia; pero no debe alejarnos de la verdad»¹⁵. Es más, aclara,

la literatura que desdeña basarse en las deducciones de la ciencia positiva puede constituir una restauración arqueológica, digna de archivar en las galerías de un museo, pero no es un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos

¹¹ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Un rato de Filosofía». En *Nuevas Páginas Libres*, ob. cit.

¹² Ib.

¹³ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Memoranda», ob. cit.

¹⁴ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «La educación de los jesuitas». En *Propaganda y ataque*. Buenos Aires: Imán, 1939, p. 71.

¹⁵ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Memoranda», ob. cit., aforismo 67.

y despierte la admiración de la posteridad [...] La ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía¹⁶.

Esta compatibilidad entre escepticismo y el amor por la ciencia positiva es posible, en este caso, porque para él «escepticismo no significa negación absoluta, sino más bien, una triple serie de afirmaciones: afirmación del pro, afirmación del contra y afirmación de la igualdad de las razones contrarias»¹⁷.

Sin embargo, la constatación de que podríamos estar equivocados no tiene por qué llevarnos a la pasividad, ni se puede deducir de la probabilidad de que estemos equivocados, que los demás estén menos equivocados. Deducción falaz tras la cual suelen escudarse intelectuales temerosos. Por ello González Prada aclara «el convencimiento de nuestra pequeñez no exime de la acción»¹⁸ y alienta a que «luchemos por nuestras convicciones actuales y hasta ofrezcamos la vida por ellas, sin dejar de esconder en lo íntimo del alma un escepticismo risueño, ni olvidar que tal vez combatimos por una ilusión o nos sacrificamos por una bobería»¹⁹.

González Prada reconoce pues la posibilidad del error en la acción por la que se lucha y llega a decir «Como el hombre realiza el heroísmo y la santidad creyendo en falsedades y cometiendo injusticias, debe admitirse que la perfección moral no estriba en poseer la verdad ni en formarse un concepto preciso de la justicia, sino en profesar lo que estimamos verdadero y en hacer lo que nos parece justo»²⁰.

Encontramos así en González Prada un precursor del existencialismo del siglo XX, pues para él es la acción responsable la que determina lo que finalmente ES el hombre.

En este mismo sentido denuncia el hecho de que se hable de una supuesta libertad inherente al ser humano como proclama la Iglesia, sino que tenemos que luchar por esa libertad, y para ello debemos vencer a «la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados» a través de la ciencia²¹, pues «los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla»²².

En cuanto al aspecto de la educación y la moral, González Prada consideraba que si bien los hombres individualmente podían perfeccionarse, «la elevación moral no parece un rasgo característico de la especie, sino más bien el don excepcional

¹⁶ GONZÁLES PRADA, Manuel. *Páginas Libres*, ob. cit.

¹⁷ GONZÁLES PRADA, Manuel. «¿Qué hacer?», ob. cit., p. 352.

¹⁸ Ib.

¹⁹ Ib.

²⁰ Ib.

²¹ GONZÁLES PRADA, Manuel. «Discurso en el Politeama», ob. cit., p. 89.

²² Ib.

de unos cuantos individuos»²³. Este supuesto, resultado de la observación de la corrupción en todos los niveles de la vida institucional peruana, sin embargo, no lo lleva a deducir que la educación debiera ser elitista, sino que más bien promueve la educación pública laica y científica para todos. Pues el origen de la ignorancia y la vileza en América Latina se debía, según González Prada, sobre todo a la educación religiosa y a la influencia del clero en general. «Erradiquemos de nuestras entrañas los prejuicios tradicionales, cerremos nuestros oídos a la voz de los miedos atávicos, rechacemos la imposición de toda autoridad humana o divina, en pocas frases creémonos un ambiente laico donde no lleguen las nebulosidades religiosas, donde solo reinen los esplendores de la razón y de la ciencia. Procediendo así, viviremos tranquilos, orgullosos, respetados por nosotros mismos»²⁴. Porque, destaca González Prada, «la moralidad requiere más elevación del alma que la religiosidad, así, mientras en los hombres de gran cultura florece una moral sin religión, en las mujeres y los hombres incultos abunda la religión sin moral»²⁵.

Cabe recordar que para González Prada «La verdadera moral no veda sacar a la vida todo el placer y toda la felicidad posibles: tenemos derecho de chupar la fruta para extraerle el jugo, de respirar la flor para sentir toda su fragancia»²⁶ y en ese sentido es una moral racional, con un toque de naturalismo nietzscheano, esto es, una moral que saluda a la vida y opuesta a la de la Iglesia que profesa una moral basada en el sufrimiento autoimpartido, que para él sería una perversión moral.

No basta, pues, estudiar para instruirse intelectual y moralmente, enfatiza González Prada, es necesario adquirir el modo de pensar científico, pues la educación religiosa, si bien puede instruir al hombre, lo mantiene «en la bajeza y la servidumbre»²⁷, en vez de formar personas rebeldes y con firmeza de voluntad, que es lo que realmente libera al hombre.

Esta libertad, que para González Prada solo se consigue con la ayuda de la ciencia, es fundamental en su pensamiento. Se refiere a ella no como la libertad de unos cuantos criollos y extranjeros, que era la libertad defendida y aceptada por gran parte de la intelectualidad dominante, sino a «la libertad para todos, sobre todo para los más desvalidos»²⁸.

En este mismo sentido, en su publicación «Nuestros indios», afirma: «Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un Estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera

²³ Ib.

²⁴ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Librepensamiento de acción». En *Horas de lucha*, Lima: Universo, 1985, p. 49.

²⁵ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Nuestros conservadores». En *El Tonel de Diógenes*, ob. cit.

²⁶ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Memoranda», ob. cit., aforismo 179.

²⁷ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Nuestros indios». En *Horas de lucha*, ob. cit., p. 208.

²⁸ Ib.

de la ley»²⁹. En este sentido, no creía que la opresión del indio pudiera combatirse con leyes, pues «mensajes, leyes, decretos, notas y delegaciones se reducen a jere-miadas hipócritas, a palabras sin eco, a expedientes manoseados. Las autoridades que desde Lima imparten órdenes conminatorias a los departamentos, saben que no serán obedecidas; los prefectos que reciben las conminaciones de la Capital saben también que ningún mal les resulta de no cumplirlas»³⁰. Aclara que la cuestión del indio «que más que pedagógica es económica»³¹, solo puede resolverse de dos maneras: «o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores»³². Como la primera opción es refutada de plano por toda la experiencia histórica, González Prada propone que es necesario que el indio responda a la violencia con la violencia «escarmentando al patrón que le arrebató las lanas, al soldado que le recluta en nombre del Gobierno, al montonero que le roba ganado y bestias de carga», pues «el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores»³³. Por todo ello añade «al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía»³⁴. La resignación, la tolerancia frente a la injusticia, tan promovida hoy en día entre los que afirman aspirar a la «paz social», es desenmascarada por González Prada, que acusa que «esa palabra resignación (léase «tolerancia») inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades y atropellos, debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitemos al poderoso algo de su poder, al rico de su riqueza, y veremos si conocen y preconizan la resignación»³⁵.

Se le ha acusado a González Prada de teñir todo su discurso filosófico y moral de política, pero esto es justamente parte esencial de su pensamiento. Pues para él «la verdad política no se diferencia de la verdad moral, porque si la política no es una moral en acción, es el arte de engañar y explotar a los hombres»³⁶.

Como por ejemplo los políticos que predicán la prudencia, nos dice González Prada, nombre con el que llaman al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Si queremos eliminar la corrupción en el ámbito político, tenemos que cambiar en el aspecto moral, y esto implica, por una parte, una educación científica, ya que la moral va ligada a la ciencia y por otra parte, dejar de ser tolerantes frente a la injusticia, el abuso y la humillación, esto es, como dice González Prada, «romper con el pacto infame de hablar a media voz»³⁷.

²⁹ Ib., p. 204.

³⁰ Ib., p. 202.

³¹ Ib., p. 209.

³² Ib.

³³ Ib., p. 210.

³⁴ Ib.

³⁵ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Páginas Libres*, ob. cit.

³⁶ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. «Memoranda», ob. cit., aforismo 167.

³⁷ Ib.